

26. CORAZÓN DE JESÚS TRASPASADO CON UNA LANZA

Cor Iesu, lancea perforatum

P. Marcelo Cano, Sacerdote argentino
Misionero en Chile

A Jesús le atravesaron el costado con una lanza, se trata de un hecho histórico narrado por el Apóstol San Juan, testigo ocular directo¹. El Apóstol que estuvo al pie de la Cruz, escribió: *al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: No se le quebrará hueso alguno². Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron³ (Jn 19,33-37).*

¹ Hay otro testigo de la herida del costado y es la Sábana Santa de Turín, llamada por el Papa San Juan Pablo II: «Espejo del Evangelio». La Sábana Santa, singular pero elocuente testigo, nos dice que las dimensiones de la herida del costado, tal cual aparece en el lienzo, tiene forma elíptica y mide 4, 4 por 1, 4 cm y coincide con las dimensiones de la punta de la lanza romana que usaban los legionarios. Una lanza de estas dimensiones se ha encontrado en nuestros días entre las ruinas de Jerusalén y pertenece al ejército de Tito, que asedió Jerusalén en el año 70 de nuestra era. La herida está situada entre la quinta y la sexta costilla. La lanza atravesó el quinto espacio intercostal, penetró por el pulmón derecho, y tras un recorrido de unos diez centímetros alcanzó la aurícula derecha, la cual suele contener sangre líquida en los cadáveres recientes. Además de sangre, salió «agua», agua del pericardio que estaba repleto de suero por *una pericarditis serosa traumática*, contraída a causa de los azotes y malos tratos anteriores. Cf. M. SOLÉ, *La Sábana Santa de Turín*, Bilbao 1986, pp. 248-256; 339-341.

² Éxodo 12,46: *...ni le quebraréis ningún hueso*. Salmo 34,21: *cuida de todos sus huesos, ni uno solo se romperá*.

³ Zacarías 12,10: *derramaré sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración; y mirarán hacia mí. En cuanto a aquél a quien traspasaron, harán duelo por él como se llora a un hijo único, y le llorarán amargamente como se llora a un primogénito*.

1. Entró la lanza en el costado de Cristo y abrió su Corazón

La lanza abrió el Corazón de Jesús, y Jesús mismo quiso que esa herida quedara abierta para siempre, por toda la eternidad; de hecho, después de resucitado se apareció con sus cinco llagas abiertas, llagas que son como cinco rojos rubíes que, hoy, están brillando en el cielo llenos de esplendor.

Al quedar abierta la llaga del costado, nos quedó abierta una puerta. Así reflexiona el P. La Palma: «... la Cruz tocó el cuerpo y los clavos tocaron las manos y los pies del Señor, la lanza tocó su corazón, dejándonos al mismo tiempo, abierta la puerta y abierto el camino para llegar hasta Cristo»⁴.

Y, de manera semejante, también lo decía San Agustín: «con mucha advertencia usó el Evangelista de esta palabra: *atravesó* o *abrió*; para indicar que no se trata de una herida pequeña; sino que lo *atravesó*, lo *abrió*, para indicarnos que se había abierto una puerta».

Quedó entonces abierta una puerta, y una puerta ancha por donde nosotros podemos entrar al Corazón de Cristo.

Decía el Papa San Juan Pablo II: «El Corazón de Jesús “invita”. Para esto fue abierto con la lanza del soldado»⁵.

El Corazón abierto de Jesús invita a que cada uno entre por esta llaga del costado y allí dentro, se vea amado en su Corazón, y experimente su Amor inefable, y no solo eso, sino que, además, permanezcamos en el Corazón de Jesús, haciendo realidad aquello que pedimos cada vez

⁴ Para algunas reflexiones sobre esta letanía, seguiremos en este punto las excelentes meditaciones realizadas por el P. Luis de la Palma en, L. DE LA PALMA, *Historia de la Pasión*, Madrid 1967, pp. 293-306.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (20/06/1979).

que rezamos la hermosa oración del *Anima Christi*: «*Dentro de tus llagas escóndeme*».

En el Corazón traspasado de Jesús tenemos que experimentar, es decir, tenemos que saber contemplar el Amor de Cristo, como decía San Juan Pablo: «En el Corazón atravesado de Jesús contemplamos... su amor fraterno hacia los hombres a quienes Él *amó hasta el extremo* (Jn 13,1), es decir, hasta el extremo sacrificio de Sí mismo. El Corazón atravesado de Jesús es el signo de la totalidad de este Amor en dirección vertical y horizontal, como los dos brazos de la Cruz»⁶.

En el mismo sentido exclamaba San Luis Orione: «¡Oh, Jesús, ábrenos tu corazón! Déjanos entrar en Él, oh Jesús, porque sólo en tu Corazón podemos comprender algo de lo que Tú eres. Sólo en tu corazón podremos comprender tu caridad y tu misericordia y entender y amar también nosotros el sacrificio y aquella santa obediencia por la que te has sacrificado». Y, San Buenaventura: «Levántate, pues, alma amiga de Cristo, y sé la paloma que labra su nido en los agujeros de la peña, sé el pájaro que encuentra su casa y no deja de guardarla; sé la tórtola que esconde los polluelos de su casto amor en aquella abertura sacratísima. Aplica a ella tus labios para que bebas el agua de las fuentes del Salvador».

¡El Corazón de Jesús está abierto! Y Jesús quiere que todos entremos por esta puerta, allí encontraremos grandes beneficios para nuestras almas, como dice el P. La Palma: «Por esta puerta entran y salen las abejas santas a fabricar sus panales en lo secreto del Corazón de Jesús... Este es el hueco en la piedra donde vuelan los que tienen alas como de paloma, para hallar allí su descanso y su refugio». Y, agrega: «Oh herida donde se curan las heridas! ¡Oh sangre donde se lavan los que no están

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (30/7/1989).

limpios! Este es el consuelo de los tristes, la fuerza de los tentados, el refugio de los afligidos».

Esta es la puerta de la cual el mismo Jesús dijo: *Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo y encontrará pasto* (Jn 10,19).

Esta es la fragua, el crisol donde hay fuego perpetuo y muy encendido en el cual se encienden nuestros corazones, y se van formando conforme a la imagen de Cristo.

Y si San Pablo decía: *Corintios ... nuestro corazón está abierto de par en par. No está cerrado nuestro corazón para vosotros* (2 Cor 6,11-12), ¡cuánto más ancho y espacioso será el Corazón de Jesucristo para abrazarnos a todos en su incomprensible caridad dentro de Él!

Y cuánto favorece el Señor a sus amigos, abriendo esta puerta para que puedan entrar en lo íntimo de su Corazón y abrazarlos en Él con abrazos de estrecha amistad y de familiar comunicación. ¡Estos sí que son amores y favores y no los que dan los hombres!

2. Salió la lanza y del costado abierto del Salvador salió sangre y agua (Jn 19,34)

En segundo lugar, consideraremos cómo sacando el soldado la lanza del costado del Señor, salió sangre y agua⁷.

¡Oh abismo de la divina caridad! ¡Siempre a Dios le queda algo que dar!

⁷ Dice el Dr. Marino Molina que en agonías excepcionalmente dolorosas (como la de Jesús), el agua del pericardio es abundante. El pericardio es la membrana que rodea el corazón humano, y esta membrana se carga de suero, un líquido semejante al agua, especialmente en las personas que han tenido que pasar por sufrimientos muy intensos. Es por eso que, cuando la lanza atravesó el pericardio y la aurícula derecha, salió sangre y agua. Cf. J. LORING, *La Sábana Santa, dos mil años después*, Barcelona 2000.

Y, así quedó el Señor en la Cruz como una imagen viva y expresa de la divina bondad, abierto el Corazón para darse y derramarse y abiertos los brazos para recibir a sus criaturas.

Muchas veces en el transcurso de su vida Nuestro Señor juntó estas dos cosas: agua y sangre.

- De niño, a los ocho días, derramó lágrimas con la sangre de la circuncisión.
- En la Última Cena en el cáliz mezcló agua con el vino que debía convertir en su sangre.
- En el Huerto, puesto en agonía, junto con el sudor salió sangre.
- En el transcurso de su Pasión cuántas lágrimas salieron de sus ojos junto con la sangre que salió de sus venas.
- Finalmente, después de muerto, salió de su costado sangre y agua. Para mostrar el poder que tiene su sangre de lavar los pecados. Todos los pecados, sea el pecado que sea.

De ahí que el P. La Palma exclamara: «¡Oh, sangre preciosísima con que somos redimidos! ¡Oh agua limpísima con que somos lavados!... Salió de su costado sangre y agua. ¿Qué cosa puede haber más limpia que esta sangre? Sangre de Jesucristo que tiene la eficacia de lavar nuestros pecados y limpiar nuestras conciencias de las obras muertas y que tiene el poder de resucitarnos para que con obras de vida sirvamos y agradezmos a Dios vivo»⁸.

⁸ Desde muy antiguo los Padres de la Iglesia vieron en esta efusión un símbolo de los Sacramentos de la Iglesia, en particular del agua del Bautismo, y de la sangre derramada sacrificialmente, presente en la Eucaristía.

Sangre de Cristo que nos redime, sangre de Cristo que nos limpia y sangre de Cristo que nos enciende el alma en el fuego de la caridad, como decía Santa Catalina de Siena escribiendo a Fray Bartolomeo: «La sangre del corazón abierto de Jesús, es una sangre que embriaga el alma, es una bebida que cuanto más se gusta, más se quisiera beber [...] corramos con prisa a esta fuente. La sangre de Cristo nos enciende en el fuego de la caridad, quita toda frialdad y llena de gozo el alma y el corazón»⁹.

3. La Virgen María traspasada en su corazón al pie de la Cruz

«*Junto a la Cruz... se encontraba 'la Madre de Jesús' (Jn 19,25). Ella vio el Corazón abierto del que fluían sangre y agua, sangre tomada de Su Sangre*»¹⁰.

Se estaba obrando la redención del mundo, Cristo colgaba de la Cruz de tres duros clavos, la Virgen María permanecía de pie, su pena era grande como el mar y su dolor estaba más allá de las palabras. ¡Cuántas lágrimas habrá derramado la Virgen! ¿Quién puede describir los dolores de la Virgen, si no podemos describir los dolores de su Hijo?

No había palabras para expresar todo lo que venía sufriendo y todo lo que sufría al pie de la Cruz, porque, allí al pie de la Cruz la Virgen:

- Veía desnudo a su Hijo y no lo podía cubrir.
- Lo veía sediento y no le podía dar de beber.
- Lo veía injuriado y no lo podía defender.
- Lo veía traspasado de dolor por los clavos y no lo podía confortar.
- Veía los ojos de su Hijo llenos de lágrimas y no se los podía enjugar.

⁹ SANTA CATALINA DE SIENA, *Epistolario*, Carta a Fray Bartolomé Dominici, de la Orden de los Predicadores.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (30/7/1989).

- Veía todo el cuerpo de su Hijo hecho una llaga y no lo podía curar.
- Veía el rostro de Jesús cubierto de inmundas escupidas y no lo podía limpiar.
- Veía que no podía respirar y no lo podía aliviar.
- Sentía el último respiro de su Hijo y no lo podía abrazar.
- En fin, ya muerto su Hijo, tuvo que ver con paciente resignación, cómo le atravesaron con la lanza su Sacratísimo Corazón.

Comenta San Alfonso que: «El ultraje de esta lanzada fue para Jesús, pero el dolor fue para María». Y citando a Lanspergio, agrega: «Compartió Cristo con su Madre su sufrimiento de esta herida, de modo que Él recibió el ultraje y María el dolor»¹¹.

Y esta fue la espada que predijo a la Virgen el santo anciano Simeón¹²; espada no de acero, sino de dolor que traspasó su alma bendita al traspasar la lanza el Corazón de Jesús donde Ella siempre habitaba. Como dice San Bernardo: «La lanza que atravesó el costado de Jesús, atravesó a la vez el alma de la Virgen, que no podía separarse de Él»¹³.

Pidamos a María que nos guíe a sacar cada vez más abundantemente el agua de los manantiales de gracia que fluyen del Corazón atravesado de Cristo¹⁴.

¹¹ Ver SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, en su libro *Las Glorias de María*, el capítulo “Los siete dolores de la Virgen”.

¹² Lc 2,34-35: *Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción; ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.*

¹³ Citado por SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las glorias de María* en el capítulo “Los siete dolores de María”, comentario al sexto dolor.

¹⁴ SAN JUAN PABLO II, *Angelus*, (30/7/1989).